

## LA NECESIDAD DE LA SANTIDAD PARA LA BEATITUD FUTURA

*Santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Heb 12,14)*

En este texto, le pareció bien al Espíritu Santo transmitir una verdad primordial en pocas palabras. Es esta circunstancia que la hace especialmente impresionante, porque en sí misma es expresada de una forma u otra en toda la Escritura. Se nos dice una y otra vez, que el gran fin que Nuestro Señor tenía en vista al asumir nuestra naturaleza, era hacer santas a las creaturas llenas de pecado, y que nadie que no sea santo será aceptado por Su amor en el último día. Toda la historia de la redención, el testamento de la misericordia en todas sus partes y provisiones, atestigua la necesidad de la santidad en orden a nuestra salvación; de lo cual aún nuestra conciencia natural da también testimonio. Pero en el texto, lo que está implicado por otra parte en la historia y mandado por precepto, es propuesto doctrinariamente, como un hecho trascendente y necesario, resultado de alguna ley solemne e irreversible en la naturaleza de las cosas, y de la inescrutable determinación de la Voluntad Divina.

Ahora bien, uno podría preguntar: ¿por qué es la santidad una calificación necesaria para que nuestro ser sea recibido en el cielo? ¿Por qué es que la Biblia nos manda tan estrictamente amar, temer y obedecer a Dios, ser justos, honestos, mansos, puros de corazón, clementes, inclinados al cielo, negados a nosotros mismos, humildes y resignados? El hombre es confesadamente débil y corrupto: ¿por qué se le manda entonces ser tan religioso, tan nada mundano?; ¿por qué se le pide, en el fuerte lenguaje de la Escritura, llegar a ser una nueva creatura? Desde que él es por naturaleza lo que es, ¿no sería un acto de la más grande misericordia de Dios salvarlo del todo sin esta santidad, que es tan difícil aunque, como parece, tan necesario que él posea?

Pero no tenemos derecho a hacer esta pregunta. Ciertamente es suficiente para un pecador saber que ha sido abierto un camino para su salvación mediante la gracia de Dios, sin ser informado porqué tal camino y no otro fue elegido por la Sabiduría Divina. La vida eterna es “el regalo de Dios”. Sin duda El puede prescribir los términos en los cuales lo dará, y si El ha determinado que la santidad sea el camino de la vida, es suficiente. No es tarea para nosotros inquirir por qué tomó semejante determinación.

Aún así la pregunta puede hacerse reverentemente y con el deseo de aumentar el discernimiento de nuestra propia condición y perspectivas; y en ese caso el intento de preguntar será provechoso, si se hace sobriamente. Por lo tanto, procedo a establecer una de las razones, citada en la Escritura, por la cual la santidad es necesaria, como el texto nos dice, para la felicidad futura.

Ser santo es, en palabras de nuestra Iglesia, tener “la verdadera circuncisión del Espíritu”, esto es, estar apartado del pecado, odiar las obras del mundo, de la carne y del demonio, tener agrado en guardar los mandamientos de Dios, hacer las cosas como El quiere que las hagamos, vivir habitualmente en la visión del mundo que viene, como si hubiéramos roto los lazos de esta vida y hubiéramos muerto ya. ¿Por qué no podríamos ser salvados sin tener semejante estructura e índole de pensamiento?

Respondo de esta manera: aún suponiendo que fuera tolerado que un hombre de vida no santa entrara en el cielo, *él no sería feliz allí*; no sería misericordioso permitirle entrar.

Somos capaces de engañarnos a nosotros mismos, y considerar al cielo un lugar como esta tierra; quiero decir, un lugar donde cada uno pueda elegir y hacer su propio gusto. Vemos que en este mundo los hombres activos tienen sus propios goces, los hombres de vida familiar los suyos, y los hombres de literatura, de ciencia, de talento político, tienen sus respectivas ocupaciones y placeres. De aquí que somos llevados a actuar como si fuera lo mismo en el otro mundo. La única diferencia que ponemos entre este mundo y el siguiente, es que *aquí* (como sabemos bien) los *hombres no están siempre seguros*, pero *allí*, suponemos que *estarán siempre seguros* de obtener lo que buscaron. Y de acuerdo a esto, concluimos que *cualquier hombre*, cualesquiera sean sus hábitos, gustos, o forma de vida, *una vez admitido* en el cielo, será feliz allí.

No es que neguemos completamente sea necesaria alguna preparación para el mundo venidero, pero no apreciamos su real alcance e importancia. Pensamos que podemos reconciliarnos a nosotros mismos con Dios cuando queramos, como si no fuera requerido nada en el caso de los hombres en general, sino alguna atención temporaria a nuestros deberes religiosos, mayor que la ordinaria, alguna exactitud en el servicio de la Iglesia durante nuestra última enfermedad, como los hombres de negocios arreglan sus cartas y papeles al hacer un viaje o el balance de su cuenta. Pero una opinión como ésta, aunque se manifiesta comúnmente, es refutada tan pronto como se pone en palabras. Pues está claro en la Escritura que el cielo no es un lugar donde se pueden mantener al mismo tiempo muchas ocupaciones diferentes y discordantes, como es el caso de este mundo. Aquí cada hombre puede hacer su propio gusto, pero allí deberá hacer el gusto *de Dios*. Sería presuntuoso intentar determinar los trabajos de esa vida eterna que los hombres buenos pasan en la presencia de Dios, o negar que ese estado que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la mente concibió, pueda abarcar una variedad infinita de ocupaciones.

Sin embargo, se nos enseña claramente, que esa vida futura será en la *presencia* de Dios, en un sentido que no se aplica a nuestra vida presente, de manera que puede ser descrita como una ininterrumpida admiración sin fin al Eterno Padre, Hijo y Espíritu. “Ellos le dan culto día y noche en Su Templo, y el que está sentado en el trono habitará entre ellos... porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida”. Y también, “La ciudad no necesita ni del sol ni de la luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. Y las naciones que sean salvadas caminarán a su luz y los reyes de la tierra le llevarán su esplendor” (Apo 7, 15.17; 21, 23-24). Estos pasajes de San Juan son suficientes para acordarnos de muchos otros.

El cielo, entonces, no es como este mundo. Voy a decir que se parece mucho más a *una iglesia*. Porque en un lugar de culto público no se escucha ningún lenguaje de este mundo, no hay planes presentados para objetivos temporales, grandes o pequeños, ninguna información de cómo fortalecer nuestros intereses mundanos, extender nuestra influencia o establecer nuestro crédito. Estas cosas deben de hecho ser rectas en su uso, de forma que no pongamos nuestro corazón en ellas; sin embargo, repito, es cierto que nada escuchamos de ellas en una iglesia. Aquí escuchamos hablar sólo y enteramente de *Dios*. Le alabamos, le adoramos, le cantamos, le agradecemos, lo confesamos, nos entregamos a El, y pedimos Su bendición. Y, *por lo tanto*, una iglesia es como el cielo, porque tanto en la una como en el otro hay un único asunto soberano ante nosotros: la religión.

Supongamos que en lugar de decir que ningún hombre irreligioso puede estar al servicio de Dios en el cielo (o verlo, como expresa el texto), se nos dijera que ningún hombre irreligioso puede adorarlo o verle espiritualmente en la iglesia. ¿No percibiríamos inmediatamente el significado de la doctrina, a saber, que un hombre que llegue acá y hubiera tolerado que su mente siguiera su propio camino, como la naturaleza o la suerte lo determinaran, sin ningún esfuerzo deliberado o habitual por la verdad y la pureza, no encontraría ningún gozo real aquí, sino que pronto se cansaría del lugar? Porque en esta casa de Dios oiría hablar sólo de ese asunto que poco o nada le importa, y absolutamente nada de aquellas cosas que excitan sus esperanzas y temores, sus simpatías y energías.

Entonces, si un hombre sin religión, suponiendo que fuese posible, fuera admitido en el cielo, sin duda alguna, soportaría una gran desilusión. Antes, por cierto, imaginó que podría ser feliz allí, pero al llegar, no encontraría sino aquel discurso que evitó en la tierra, aquellas ocupaciones que aborrecía o despreciaba, nada que lo limitara a buscar *algo más* en el universo, y lo hiciera sentir en casa, nada en lo cual pueda entrar y descansar. Se vería a sí mismo como un ser aislado y apartado por el Poder Supremo de aquellos objetos que aún se entrelazan alrededor de su corazón. Y no sólo eso. Estaría en la presencia de ese Supremo Poder, a quien invariablemente nunca trajo a su pensamiento cuando estaba en la tierra, a quien ahora consideraría sólo como el destructor de todo lo que era precioso y querido para él. ¡Ah!, no podría *soportar* el rostro del Dios Viviente. El Dios Santo no sería objeto de gozo para él. “¡Déjanos solos! ¿qué tenemos que ver contigo?” (Lc 4,34), es el único pensamiento y deseo de las almas impuras, aún cuando reconocen Su Majestad. Nadie más que el santo puede mirar al Santo. Sin santidad ningún hombre puede soportar ver al Señor.

Cuando pensamos, pues, en tomar parte en los gozos del cielo sin santidad, somos tan inconsiderados como si pretendiéramos tener interés en el culto de los cristianos aquí abajo sin tenerlo de algún modo. Una mente descuidada, sensual, no creyente, desprovista de amor y temor a Dios, una mente de mirada estrecha y aspiraciones terrenas, de bajo nivel de obligaciones y conciencia oscurecida, una mente satisfecha consigo misma, indócil a la voluntad de Dios, correspondería con un gozo pequeño, en el último día, a las palabras “Entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25, 21), lo mismo que le pasa ahora frente a la palabra “Oremos”. Y aún muchísimo menos, por que mientras estamos en la iglesia, podemos cambiar nuestros pensamientos hacia otras cosas y darnos maña para olvidar que Dios nos está mirando; pero eso no será posible en el cielo.

Vemos, entonces, que la santidad, o la separación interior del mundo, es necesaria para nuestra admisión en el cielo, porque el cielo no es cielo, no es lugar de felicidad, *excepto* para el santo. Hay indisposiciones corporales que afectan el gusto, de modo que los sabores más dulces se hacen desagradables al paladar; y hay indisposiciones que perjudican la visión tiñendo el bello rostro natural con algún matiz enfermizo. De manera similar, existe una enfermedad moral que desordena la visión y el gusto interior; y ningún hombre que la tenga está en condiciones de gozar lo que la Escritura llama “la plenitud de gozo en la presencia de Dios, y la alegría a Su derecha para siempre”.

Y no sólo esto. Yo me arriesgaría a decir más que esto. Es terrible pero está bien decirlo. Si quisiéramos imaginar un castigo para alguien no santo, un alma réproba, no se nos podría antojar quizás uno mayor que *convocarla al cielo*. El cielo sería el infierno para un hombre irreligioso. Qué infelices somos capaces de sentirnos nosotros en el presente, cuando estamos solos en medio de extraños, o de hombres de gustos y hábitos diferentes a los nuestros. Por ejemplo, qué miserable sería tener que vivir en una tierra

extraña, entre gente cuyos rostros nunca hemos visto antes y cuyo lenguaje no podemos comprender. Y ésta es una débil ilustración de la soledad de un hombre de disposiciones y gustos mundanos metido en la sociedad de los santos y de los ángeles. ¡Cuán desamparado vagaría a través de las cortes celestiales! No encontraría a nadie como él; vería en todas direcciones las señales de la santidad de Dios y esto lo haría estremecer. Se sentiría siempre en Su presencia. No podría cambiar más sus pensamientos en otro sentido, como hace ahora, cuando la conciencia le reprocha. Sabría que el Ojo Eterno está siempre sobre él, y ese Ojo de santidad, que es gozo y vida para las creaturas santas, le parecería un Ojo de ira y castigo. Dios no puede cambiar Su naturaleza. Santo es por siempre, y mientras es Santo, ninguna alma no santa puede ser feliz en el cielo. El fuego no inflama el hierro, pero sí la paja. Dejaría de ser fuego si no lo hiciera. Y así, el cielo mismo sería fuego para aquellos que escaparan contentos de los tormentos del infierno, a través del gran abismo. El dedo de Lázaro no haría otra cosa que aumentar su sed. El mismo “cielo que está sobre su cabeza” sería “bronce” para ellos.

He explicado en parte por qué se nos prescribe la santidad como condición para nuestra admisión en el cielo. Parece necesaria por la misma naturaleza de las cosas. No podemos ver cómo sería de otro modo. Ahora, mencionaré dos verdades importantes que parecen seguirse de lo que ha sido dicho.

1. Si un cierto carácter de mente, un cierto estado del corazón y afectos, son necesarios para entrar al cielo, nuestras acciones aprovecharán para nuestra salvación, principalmente en cuanto tienden a producir o evidenciar esta estructura de mente. Las buenas obras, como se las llama, se requieren, no como si tuvieran algo de mérito en ellas, ni como si pudieran ellas mismas quitar el enojo de Dios por nuestros pecados, o comprarnos el cielo, sino porque son los medios, conforme a la gracia de Dios, de fortalecer y manifestar ese principio santo que Dios implanta en el corazón, y sin el cual, como nos dice el texto, no podemos verle. Cuanto más sean nuestros actos de caridad, la negación de nosotros mismos, y la abstinencia, más instruidas serán nuestras mentes en la caridad, la abnegación y la renunciación. Cuanto más frecuentes sean nuestras oraciones, cuanto más humildes, pacientes y religiosos nuestros actos, ésta comunión con Dios, éstas obras santas serán los medios de hacer santos nuestros corazones y prepararnos para la futura presencia de Dios. Los actos externos, hechos al principio, crean hábitos internos. Repito, los actos puntuales de obediencia a la voluntad de Dios, las buenas obras como son llamadas, nos sirven para irnos separando gradualmente de este mundo de los sentidos, e imprimiendo en nuestros corazones el carácter celestial.

Está claro, entonces, qué obras *no* sirven para nuestra salvación: todas aquellas que o no tienen ningún efecto para cambiar el corazón, o tienen un mal efecto. ¿Qué debe decirse de aquellos que piensan que es cosa fácil agradar a Dios y recomendarse a El, que haciendo unos pocos servicios, llaman a eso el camino de la fe y están satisfechos con ellos?. Es evidente que tales hombres en lugar de ser beneficiados por sus actos, como la benevolencia, honestidad y justicia, son (debo decirlo) perjudicados por ellos. Porque estos mismos actos, aunque buenos en sí mismos, son hechos para criar en estas personas un mal espíritu, un estado de corazón corrupto, a saber, amor propio, engreimiento, confianza en sí mismos, en vez de tender a volverlos de este mundo al Padre de los espíritus. Del mismo modo, los actos externos de venir a la iglesia y decir oraciones, que son por cierto deberes imperativos para todos nosotros, sólo sirven realmente a aquellos que los hacen en el espíritu de la guarda del cielo. Porque tales hombres solo hacen estos actos buenos para la mejora del corazón, mientras que ni la más exacta devoción externa aprovecha al hombre si no lo mejora.

2. Pero observad qué se sigue de esto. Si la santidad no es meramente hacer un cierto número de buenas acciones, sino que es un carácter interior que, conforme a la gracia de Dios, se sigue de hacerlas, ¡qué lejos de esa santidad está la muchedumbre de los hombres!. No son todavía ni obedientes a los actos externos, que es el primer paso para poseerla. Tienen que aprender aún a practicar obras buenas, como medio para cambiar sus corazones, que es el fin. Se sigue inmediatamente, aunque la Escritura no nos dijo nada claramente al respecto, que nadie es capaz de prepararse a sí mismo para el cielo, esto es, hacerse santo, en un corto tiempo; al menos no vemos cómo sea posible. Y esto, considerado meramente como una conclusión de la razón, es un serio pensamiento.

¡Ay!, así como hay personas que piensan ser salvadas por unos pocos actos, así hay otras que suponen que serán salvadas todas a un tiempo por una fe repentina y fácilmente adquirida. Muchos hombres que viven en negligencia con Dios, silencian su conciencia cuando molesta, con la promesa de arrepentirse algún día futuro. ¡Cuán a menudo continúan así hasta que la muerte los sorprende! Pero supongamos que ellos realmente comenzaran a arrepentirse cuando llegue ese día futuro. Más aún, supongamos que el Dios Todopoderoso los perdone y admita en Su cielo santo. Bien, pero ¿no hay más requisitos? ¿Están en el estado adecuado para *servirle a El en el cielo*? ¿No es este el verdadero punto en el que he estado insistiendo: que no están en el estado adecuado? ¿No se ha mostrado que aún habiendo sido admitidos allí, sin un cambio de corazón no encontrarán gozo en el cielo? ¿Y se puede forjar el cambio de corazón en un día? ¿Cuáles de nuestros gustos e inclinaciones podemos cambiar en un momento a nuestra voluntad?: ni el más superficial. ¿Podemos con una palabra cambiar toda la estructura y el carácter de nuestras mentes? ¿No es la santidad el resultado de muchos esfuerzos de obediencia, pacientes y repetidos, trabajando gradualmente en nosotros, primero modificando y luego cambiando nuestros corazones?

No nos atrevemos a poner límites a la misericordia y al poder de Dios en los casos de arrepentimiento tardío en la vida, aún cuando El nos ha revelado la ley general de Su Gobierno moral. Aún así, ciertamente es nuestro deber mantener invariablemente ante nosotros, y actualizar, aquellas verdades generales que su Palabra Santa ha declarado. Ella nos advierte de varias maneras que como nadie encontrará la felicidad en el cielo a menos que sea santo, nadie puede aprender a serlo en corto tiempo y cuando quiera. Está implícito en el texto lo que se llama una calificación, la cual sabemos que, de hecho, ordinariamente, lleva tiempo ganar. Lo propone claramente, aunque en figura, en la parábola del vestido de bodas, en la cual la santificación interior se constituye en una condición, distinta de nuestra aceptación de la oferta de misericordia, y que no puede pasarse de largo negligentemente en nuestros pensamientos como si fuera una consecuencia necesaria de ella. Y está también en la parábola de las diez vírgenes, la cual muestra que debemos encontrar al novio con el aceite de santidad, y que lleva tiempo conseguirlo. Y nos asegura solemnemente en las cartas de San Pablo, que es posible presumir de la gracia divina hasta dejar escapar el tiempo aceptable y ser sellado aún antes del fin de la vida como una mente réproba. (Heb.6, 4-6; 10, 26-29; 2Pe 2, 20,22)

Deseo hablaros, mis hermanos, no como ajenos a las misericordias de Dios, sino como partícipes de Su bondadoso testamento en Cristo, y por esta razón, en especial peligro, desde que solamente puede incurrir en el pecado de vaciar su testamento quien tiene su privilegio. Ni tampoco, por otro lado, os hablo como pecadores obstinados, expuestos al inminente riesgo de perder el derecho, o a la ocasión de tener perdida vuestra esperanza del cielo. Pero temo que están aquellos que, si trataran fielmente con

su conciencia, estarían obligados a reconocer que no han hecho del servicio de Dios su primer y gran negocio, que su obediencia, para llamarla así, ha sido una cuestión de hecho, en la cual el corazón no tomó parte, que han actuado honradamente en los asuntos del mundo principalmente a causa de su interés mundano. Temo que hay quienes, cualquiera sea su sentido de la religión, tienen aún tales dudas y temores acerca de sí mismos como para llevarles a la resolución de obedecer a Dios más exactamente en algún día futuro, tales temores como para convertirlos del pecado, aunque no suficientes como para tomar conciencia de su atrocidad o su peligrosidad. Tales hombres son frívolos con el tiempo señalado de misericordia.

Obtener el regalo de la santidad es el trabajo de *toda una vida*. Ningún hombre será perfecto aquí, por ser nuestra naturaleza tan pecadora. De aquí que, postergando el día del arrepentimiento, estos hombres están reservando para unos pocos años de oportunidad, cuando la fuerza y el vigor se hayan ido ya, ese trabajo para el cual toda una vida entera no sería suficiente. Ese trabajo es grande y arduo más allá de toda expresión. Hay mucho de pecado que permanece aún en el mejor de los hombres, y “si el justo se salva a duras penas, ¿en qué pararán el impío y el pecador?” (1 Pe 4,18). Su sentencia puede ser fijada en cualquier momento, y aunque este pensamiento no debe hacer desesperar a un hombre hoy, sin embargo debería hacerle estremecer por mañana.

Quizás, otros puedan decir: “Nosotros sabemos algo del poder de la religión, la amamos en su medida, tenemos muchos pensamientos rectos, venimos a la iglesia a orar; esta es una prueba de que estamos preparados para el cielo: estamos seguros y lo que ha sido dicho no se aplica a nosotros”. Pero no estéis vosotros, mis hermanos, en el número de éstos. Una prueba principal de ser verdaderos siervos de Dios es nuestro deseo de servirle mejor, y estad seguros de que un hombre que está contento con su propio adelanto en la santidad cristiana, está en el mejor de los casos en un estado de oscuridad, o tal vez en gran peligro. Si estamos realmente empapados de la gracia de la santidad, aborreceremos el pecado como algo bajo, irracional y corrompido. Muchos hombres, es verdad, se contentan con visiones parciales e indistintas de la religión y mezclan motivos. No os contentéis con nada menos que la perfección. Ejercitaos día a día para crecer en conocimiento y en gracia, y de ser así, podréis al fin llegar a la presencia del Dios Todopoderoso.

Por último, mientras trabajamos para moldear nuestros corazones tras el modelo de santidad de nuestro Padre Celestial, es consolador saber lo que he querido decir: que no estamos abandonados a nosotros mismos, sino que el Espíritu Santo está bondadosamente presente con nosotros, y nos capacita para triunfar y para cambiar nuestras mentes. Es un consuelo y un estímulo, mientras que es algo ansioso y temible, saber que Dios trabaja en y a través nuestro (Fil 2, 12.18). Nosotros somos los instrumentos, pero solo los instrumentos, de nuestra propia salvación. Que no pueda nadie decir que los desanimó y les propongo una tarea más allá de sus fuerzas. Todos tenemos el don de la gracia que se nos ha prometido desde nuestra juventud. Sabemos esto bien, pero no hacemos uso de nuestro privilegio. Formamos ideas mezquinas de la dificultad, y en consecuencia nunca entramos en la grandeza de los dones que nos han sido dados para vencerla. Luego, después de todo, si tal vez ganamos una visión más profunda del trabajo que tenemos que hacer, pensamos que Dios es un maestro duro que manda demasiado a una raza pecadora. Es verdaderamente estrecho el camino de la vida, pero es infinito el amor y el poder de Aquél que está con la Iglesia, en lugar de Cristo, para guiarnos.